

Palabras pronunciadas por el Rector Magnífico
de la Universidad de Navarra
Dr. D. Alejandro Llano

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,

Compañeros de trabajo universitario,

Estudiantes,

Señoras y Señores:

Recomenzar es insistir, pero sobre todo renovarse. La aparente monotonía del ritmo académico revela precisamente que los universitarios persistimos en el empeño de descubrir lo escondido, de alumbrar lo inédito, de romper los equilibrios establecidos para lograr armonías más ricas y fecundas, lo cual es compatible con el conformismo y la resignación. Se trata, como nos recomendaba el Fundador de la Universidad de Navarra, de incidir activamente en el origen mismo de los cambios, lo cual exige creatividad y audacia.

El actual panorama social y cultural, en todas sus escalas, nos ofrece escenarios que nadie hubiera podido predecir hace sólo cinco años. Pero está paradójicamente marcado por el signo de la inercia y la desilusión. El espectro maléfico de la guerra —seguido por sus inevitables compañeros: el hambre y la violación de los derechos humanos— cabalga por campos que creíamos laborados para la paz. La crisis económica mundial asoma por un horizonte que semejaba la aurora de una próspera bonanza. Racismos y fanatismos levantan barreras sociales tan escasamente humanas como aquellos muros físicos que recientemente cayeron. Y, lo que es peor, nadie parece tener soluciones para unos problemas cuya entraña se desconoce.

Y es que no todo cambio es creativo. Sólo lo es si procede de una fuente interna de innovación, de un proyecto de mejora, de una intención de abandonar lo consabido para venturar lo nuevo. Tal vez resulte que la oculta y común naturaleza de nuestros problemas estriba en que nos hemos olvidado de algo tan esencial como esto: que el único resorte que nos lanza hacia delante es una solidaridad vital y originaria. Quizá lo hemos fiado casi todo a las estructuras y a los intercambios, a las organizaciones y las influencias, sin darnos cuenta de que tales configuraciones acaban por ser rígidas y hasta escleróticas cuando no hunden sus raíces en las solidaridades primarias, en esos grupos emergentes de personas que libremente se aúnan para saber más y trabajar mejor.

El nombre actual de la solidaridad es «emergencia». La fuerza descendente del poder, del dinero y de la influencia tiene una índole mostrenca; es un dominio que se agota en sí mismo, que no es fecundo porque ni se transmite ni se participa. En cambio, la energía ascendente del saber compartido, de la libertad solidaria, de la comprensión abierta, germina en nuevas fulguraciones preñadas de futuro.

La diferencia que separa a ambos modelos es la distancia que media entre una filosofía del poder y una filosofía de la educación. El paradigma del poder busca sólo el brillo, que viene de fuera y no penetra en las personas. El paradigma de la educación —por el contrario— busca suscitar el resplandor, que se expande desde dentro y proporciona a otros luz que ilumina y calor que conforta. Lo peor de los estereotipos imperantes es que nos maleducan, porque fomentan el dominio y marginan la solidaridad. Nos aproximan a una sociedad de irresponsabilidad ilimitada, cuando lo que necesitamos con urgencia es fortalecer la libertad responsable y sabiamente concertada.

La sustancia misma de la Universidad consiste en la convicción de que el amor a la verdad es más fecundo que el afán de poder. Porque, mientras el ansia de dominio es siempre individualista, la pasión por la verdad es radicalmente solidaria. La idea de que se pudiera avanzar en solitario hacia la posesión del conocimiento es una ficción ilustrada y un mito romántico. El verdadero saber se recibe de otros y se entrega a otros, se comparte en una comunidad viva que de continuo ensaya y rectifica, aplica e inventa, arriesga lo ya logrado para abrir una brecha hacia territorios aún por roturar. La Universidad es una escuela de solidaridad. Por eso constituye un manantial fecundo que al pragmatismo individualista le resulta tan arduo comprender, aunque sospeche oscuramente que no conviene cegar.

Nada puede sustituir en la Universidad al trabajo en equipo. En ella, como dijera Emerson, la concertación es el bien y la dispersión es el mal. La verdad nueva actúa como un foco de poderosa atracción que rompe las artificiales compuertas de los especialismos, que invita a la generosidad de ayudar y dejarse ayudar, que incita a relegar todo provecho de ventaja egoísta para entregarse a un diálogo en el que está en juego la conquista del saber y no la afirmación del propio prestigio. Nuestra existencia cotidiana aquí, en la Universidad, está tejida de prestaciones generosas, de servicios que no esperan inmediata recompensa, de admiraciones mutuas entre compañeros de trabajo, estudiantes y profesores. Nada sería menos universitario que encastillarse en las propias posiciones, en lugar de «querer con» otros, cooperar con ellos y, sobre todo, escucharles.

La Universidad misma es el diálogo institucionalizado, la convivencia culta en la que las propias opiniones se hacen máximamente vulnerables cuando se someten gustosamente al contraste con las opiniones ajenas. Y ese diálogo trasciende no sólo los límites de Departamentos y Facultades, sino también los de la Universidad determinada, porque —como ha dicho el Profesor Polo— todas las Universidades forman un unitario y plural sistema comunicativo, una constelación armónica, sólo perceptible para los que son capaces de captar la solidaridad profunda que existe entre los que buscan desinteresadamente el saber, por diferentes que sean sus puntos de partida.

Enraizada en la persona y abierta a lo universal, la institución universitaria educa en la solidaridad a los que en ella conviven. Un proyecto universitario de calidad es el que logra galvanizar el entusiasmo de escolares y maestros, que aciertan a superar la escasez de medios y la natural divergencia de pareceres, para entregarse con magnanimidad a iniciativas de investigación y de enseñanza que enriquecen a todos y cada uno de los que en ellas participan. La Universidad fomenta una cultura de servicio, de respeto y de cuidado, atenta a lo grande y a lo pequeño, capaz de valorar los variados oficios que concurren al buen éxito del trabajo común.

Una formación universitaria excelente prepara estudiosos de punta y profesionales competentes, que —precisamente por serlo— aciertan a ver más allá de sus individuales conveniencias y se preocupan por las necesidades de aquellos a quienes el impersonal e implacable mercado de la prepotencia ha dejado al margen de la dinámica social. Semillero de justicia ha de ser la Universidad. Justicia que, para un cristiano, encuentra su fundamento y su expansión en la caridad. Caridad que —como escribió el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer—

«más que en dar está en comprender» (Camino, n. 463). Nuestra necesidad más básica es la de ser aceptados tal como somos, la de ser escuchados y comprendidos, la de encontrar un lugar a la lumbre de la palabra que acoge y alienta. Como también nos recomendaba el Fundador de la Universidad de Navarra, hemos de procurar que nadie sufra la amargura de la indiferencia, la helada sensación de que uno no cuenta porque no cuentan con uno, la desazón de no ser autorizado a aportar lo mucho y bueno que siempre se lleva dentro.

La tendencia a estimar que estas y otras consideraciones semejantes pertenecen a un discurso tan bienintencionado como ineficaz, la inclinación a sospechar de la benevolencia y a medirlo todo en términos de fuerzas contrapuestas y de presiones encontradas, la postura de autoafirmación y predominio frente a la actitud de solidaridad y cooperación: tal confusa y estéril amalgama del utilitarismo miope es la causa profunda de esa parálisis que ahoga las esperanzas y congela las prometedoras e inquietantes mutaciones de este fin de siglo. La respuesta que, con su voz queda, puede ofrecer la Universidad a cuestiones tan perentorias es que la clave para salir del atolladero se encuentra con nosotros mismos: en el saber inventivo, en la libertad creadora, en el trabajo solidario.

La vivencia de la solidaridad genera un clima de agradecimiento. La Universidad de Navarra, que surgió y se desarrolla gracias a la concurrencia de tantas generosidades, está alegremente obligada a expresar su sincera gratitud a todas las personas e instituciones que nos ayudan con su comprensión y aliento. A la habitual y merecida mención de la Asociación de Amigos, quiero añadir esta vez la referencia a la Agrupación de Graduados que ahora inicia una etapa de lanzamiento y consolidación: son ya más de treinta mil los antiguos alumnos que difunden por los cinco continentes el buen nombre de la Universidad y el buen nombre de Navarra. Las Autoridades que hoy tienen la amabilidad de acompañarnos han de recibir también nuestro agradecimiento y la confirmación de nuestro inquebrantable propósito de servir a Navarra, tierra natal y entrañable entorno de esta Universidad.

Comenzamos este Curso Académico en un año que ha asistido a la gozosa Beatificación del Fundador de la Universidad de Navarra y a tantos acontecimientos significativos en nuestro país y en el mundo entero. Es un tiempo propicio para desprendernos de viejas decepciones, para olvidar inercias y cansancios, para estrenar el entusiasmo de una labor universitaria solidaria y fecunda. Es momento oportuno para el comienzo de una nueva navegación.